



MAESTRO PERFECTO

Albert Pike

El Maestro Khūrūm fue un hombre industrioso y honesto. Qué fue empleado para hacer lo que hizo diligentemente, y lo hizo bien y fielmente. *No recibió ningún salario que no fuera adeudado.* La laboriosidad y la honradez son las virtudes peculiarmente inculcadas en este grado. Son virtudes comunes y cotidianas; pero no por eso por debajo de nuestra atención. Así como las abejas no aman ni respetan a los zánganos, así la Masonería no ama ni respeta a los ociosos y aquellos quienes viven a través de sus fantasías; y menos que todos a aquellos ácaros parásitos que viven en base a si mismos. Porque aquellos que son indolentes, probablemente lleguen a ser disipados y viciosos; y la honradez perfecta, que debe ser la común calificación de todos, se torna más rara que los diamantes. Para hacer seria y constantemente, y hacer fiel y honestamente lo que ha de hacerse —quizás un poco de esto se busque, cuando se mira desde cualquier punto de vista, el incluir el cuerpo entero de la ley moral; y no obstante en su más común y cotidiana aplicación, estas virtudes pertenecen al carácter del Maestro Perfecto.

La ociosidad es el entierro de un hombre vivo. Ya que una persona ociosa es tan inútil a cualquier propósito de Dios y del hombre, que viene a ser como uno que está muerto, despreocupado de los cambios y las necesidades del mundo; él vive solamente para pasar el tiempo, y come los frutos de la tierra. Como un bicho o un lobo, cuando llega su tiempo, muere y perece, y en el entre tanto no tiene ningún valor. Él no ara ni lleva carga: todo lo que hace es improductivo o dañino.

Es un trabajo extenso que cualquier hombre puede hacer, si nunca está ocioso: y es una enorme forma en la que un hombre puede entrar en la virtud, si nunca sale de su senda por un hábito vicioso o un gran crimen: y quien perpetuamente lee buenos libros, si sus partes son contestables, tendrá una enorme provisión de conocimiento.

San Ambrosio, y de su ejemplo, San Agustín, dividió cada día en estas *tertias* de empleo: ocho horas se ocupaban en las necesidades de la naturaleza y la recreación; ocho horas en la caridad, en asistir a los otros, despachando sus negocios, reconciliando sus enemistades, reprendiendo sus vicios, corrigiendo sus errores, instruyendo su ignorancia, y en la tramitación de los asuntos de su diócesis; y las otras ocho horas pasaban en estudio y oración.

Pensamos, a la edad de veinte años, que la vida es mucho más larga que lo que ella tiene para entregarnos y hacer; y que existe una distancia casi fabulosa

entre nuestra edad y la de nuestro abuelo. Pero cuando, a la edad de sesenta años, si somos bastante afortunados de alcanzarla, o lo bastante desafortunados, de acuerdo con las circunstancias, y según como hemos invertido provechosamente o hemos perdido nuestro tiempo, nos detenemos, y miramos hacia atrás a lo largo de la senda que hemos seguido, y calculamos y nos esforzamos en balancear nuestras cuentas con tiempo y oportunidad, encontramos que hemos tenido una vida muy corta, y desperdiciamos una enorme porción de nuestro tiempo. Entonces, en nuestra mente, deducimos de la suma total de nuestros años las horas que hemos pasado innecesariamente durmiendo; las horas de trabajo diarias, durante las cuales la superficie de la piscina inactiva de la mente no ha sido excitada ni rizada por un solo pensamiento; los días en los que hemos conseguido alegremente librarnos, al lograr un cierto objeto verdadero o deseado que estaba más allá, de la forma entre nosotros y de lo que dificultaba la intervención de los días; las peores horas que perdidas en locuras y disipación, o mal gastadas en estudios inútiles e improductivos; y reconocemos, con un suspiro, que habríamos podido aprender y hecho, en la mitad de años bien vividos, más que lo que nosotros hemos hecho en todos nuestros cuarenta años de adultez.

¡Aprender y hacer! --éste es el trabajo del alma aquí abajo. El alma crece tal cual como crece verdaderamente un roble. Así como el árbol toma el carbono del aire, el rocío, la lluvia, y la luz, y el alimento que la tierra provee a sus raíces, y por sus misteriosas transmutaciones químicas se convierte en la savia y la fibra, en la madera y hoja, y flor y fruta, y color y perfume, así el alma se embebe de conocimiento y por una alquimia divina cambia lo que aprende en su propia sustancia, y crece desde su interior hacia el exterior con una fuerza y una energía inherentes como aquella que se oculta en el grano del trigo.

El alma tiene sus sentidos, como el cuerpo, que pueden ser cultivados, agrandados, refinados, así ella misma crece en estatura y proporción; y quien no puede apreciar una fina pintura o estatua, un noble poema, una dulce armonía, un heroico pensamiento, o una acción desinteresada, o a quienes la sabiduría de la filosofía es solamente insensatez y balbuceos, y las verdades más altas son de menor importancia que el precio de las acciones o del algodón, o la elevación de la baja moralidad a la oficina, vive simplemente en el nivel de la trivialidad, y se enorgullece grandemente sobre esa inferioridad de los sentidos del alma, que es la inferioridad y el desarrollo imperfecto del alma en sí.

Para dormir poco, y estudiar mucho; para decir poco, y escuchar y pensar mucho; para aprender, lo que podamos, y entonces hacer, seria y vigorosamente, lo que se puede requerir de nosotros por deber, y por el bien de nuestros compañeros, de nuestro país, y de la humanidad,--éstos son los deberes de cada masón que desee imitar al Maestro Khūrūm.

El deber de un masón como un hombre honesto es sencillo y fácil. Requiere de nosotros honradez en el trato, sinceridad en la afirmación, simplicidad en los acuerdos, y fidelidad en la ejecución. Mentira en lo absoluto, ni en una pequeña ni en un gran cosa, ni en la sustancia ni en la circunstancia, ni en la palabra ni en el hecho: es decir, no fingir lo que es falso; no cubrir lo que es verdadero; y dejar que la medida de su afirmación o negación sea la comprensión de su contra actor; ya que quien engaña al comprador o al vendedor hablando cuál es la verdad, en un sentido no previsto o no entendido por el otro, es un mentiroso y ladrón. Un Maestro Perfecto debe evitar lo que es engaño, igualmente lo que es falso.

Permita que sus precios estén de acuerdo a esa medida de bien y de mal que se establece en la famoso y en lo común de los relatos de los hombres más

sabios y más misericordiosos, expertos en esa fabricación o confort; y el aumento tal, que, sin escándalo, se permite a las personas en todas las mismas circunstancias.

En la transacción con otros, no sólo haga todo lo que pueda hacer lo más legalmente posible; sino también guarde algo en su poder; y, debido a que hay una latitud de ganancia en comprar y vender, no tome la mayor cantidad de dinero que es legal, o que piense que así sea; ya que aunque sea legal, aún así no es seguro; y el que gana todo lo que gana legalmente, este año, posiblemente será tentado, en el próximo año, de ganar algo ilegalmente.

No permita que ningún hombre, por su propia pobreza, se torne más opresivo y cruel en su negocio; sino que tranquila, modesta, diligente, y pacientemente recomiende su estado a Dios, y siga su interés, y deje el éxito a Él.

No detenga los salarios del personal; en cada grado de detención de esto más allá del tiempo está la injusticia y la falta de caridad, y aplasta sus caras hasta que salen lágrimas y sangre; por el contrario páguelos exactamente según el convenio, o según las necesidades de ellos.

Guarde religiosamente todas las promesas y los convenios, aunque estén hechos a su desventaja, aunque usted perciba luego que pudieron haber sido hecho mejor; y no deje ningún acto precedente suyo sea alterado por cualquier accidente posterior. No permita que nada haga que usted rompa su promesa, a menos que sea ilegal o imposible; es decir, fuera de su naturaleza o fuera de su poder civil, estando usted mismo bajo el poder de otro; o que es intolerablemente inconveniente para usted, y de ninguna ventaja a otro; o que usted haga dejar expresar o presumir razonablemente.

No permita a ningún hombre tomar salarios u honorarios para un trabajo que no pueda hacer, ni puede con probabilidad emprender; o en un algún sentido sacar provecho, y con facilidad, o con ventaja manejar. No permita a ningún hombre apropiarse a su propio uso, qué Dios, por una piedad especial, o la República, haya hecho común; porque eso está contra la Justicia y la Caridad.

Que cualquier hombre debe ser peor que nosotros, y para nuestro acto directo, y por nuestra intención, está contra la regla de la equidad, de la justicia, y de la caridad. Entonces no hacer a los otros, sino lo que habríamos hecho a nosotros mismos; porque nosotros crecemos en riqueza sobre las ruinas de su fortuna.

No es honesto recibir cualquier cosa de otro sin devolverle lo equivalente. El apostador que gana el dinero de otro es deshonesto. No debe haber cosa tal como apuestas y juego entre Masones: porque ningún hombre honesto debe desear nada de lo que pertenece a otro. El comerciante que vende un artículo de calidad inferior a un precio legalmente correcto, el especulador que hace que la aflicción y las necesidades de otros colmen su cuenta bancaria no son ni justos ni honestos, sino más bien viles, innobles e impropios para la inmortalidad.

Así debería ser el deseo serio de cada Maestro Perfecto vivir y repartir y actuar, que cuando venga a él la muerte, pueda estar capacitado ara decir, y su conciencia en decretar, que no hay hombre en la tierra empobrecido, porque él se ha enriquecido; que tiene lo que honestamente ha ganado, y ningún hombre puede ir ante Dios, y demandar que por las reglas de equidad administradas en Su gran jurisdicción, esta casa en la cual morimos, esta tierra que construimos a nuestros herederos, este dinero que enriquece a quienes sobreviven para llevar nuestro nombre, es suyo y no nuestro, y nosotros en ese foro somos solamente sus administradores. Porque lo más seguro es que Dios es justo, y rigurosamente hará cumplir tal cual cada deber confiado; y que a todos a quienes despojamos, todos a

quienes defraudamos, todos de quiénes tomamos o ganamos cualquier cosa que sea, sin la consideración justa y equivalente, Él decretará una remuneración completa y adecuada.

¡Tenga cuidado, después, que no reciba ningún salario, aquí o en otra parte, que no adeude! Ya que si, injustamente, tomó lo que en la jurisdicción de Dios le pertenece a Él; y si se marchita lo que tomó estando así en abundancia, o crecimiento, o influencia, o reputación o afecto, seguramente será sostenido para producir la plena satisfacción.

Capítulo V de Morals and Dogma de Albert Pike